

III. LA NACIÓN Y SUS LÍMITES

Bladimir Ruiz*

Nación y narración: las perspectivas geográfica, cultural y económica en la narrativa decimonónica venezolana

Nation and Narration: Geographic, Cultural, and Economic Perspectives in 19th Century Venezuelan Narrative

Resumen

El presente artículo analiza cómo las novelas nacionales del siglo XIX en Venezuela representan los conflictos asociados con la implementación del modelo liberal en un país dominado por fuerzas que lo aferran a sistemas del pasado colonial que se pretende borrar. El autor sostiene que la novela decimonónica venezolana trasciende la representación de espacios territoriales con una orientación nativista y costumbrista y que también se inscribe en las discusiones nacionalistas en relación con la necesidad de modernizar y de incorporar a la nueva nación al ámbito internacional. Para hacerlo, según el autor, la república requiere no solamente de claras definiciones territoriales y de asignaciones económicas a dichos territorios dentro de la ideología liberal del

* Profesor del Departamento de Lenguas y Literaturas Modernas en Trinity University. Ph.D en Literatura Latinoamericana, University of Pittsburgh. Su línea de investigación se centra en tradición, genealogías y modernización en la literatura del siglo XIX latinoamericano (caso Venezuela). Correo electrónico: bladimir.ruiz@trinity.edu.

progreso, sino además de la creación de una literatura que elabore un imaginario de nación en el cual se consoliden los espacios territoriales, se creen tradiciones, se rinda culto a los héroes nacionales (los padres de la patria), se discorra en torno de quiénes pertenecen o no a la nación y se narritivice el acceso al progreso y a la modernización.

Palabras clave: nación, Venezuela, América Latina, siglo XIX, naturaleza, crítica cultural

Abstract

This article analyzes how the 19th century national novels of Venezuela represent the conflicts associated with the implementation of the liberal model in a country dominated by forces that tie it to systems belonging to a colonial past that needs to be erased. The author contends that the 19th century Venezuelan novel goes beyond the representation of territorial spaces typical of the novel of manners and the “nativist” tendency, involving itself in the nationalist discussions related to the need for modernization and incorporation of the new nation into the international order. In order to achieve this, it was not enough for the new Venezuelan nation to clearly define its territories and allocate funds to those territories in the context of the liberal ideology of progress. It also needed to create a literature to construct the imaginary of a nation which would consolidate territorial spaces, create traditions, honor national heroes (the founding fathers), and discuss who belonged to the nation and who did not. In other words, the access to progress and modernization needed to be narrativized.

Key words: nation, Venezuela, Latin America, 19th century, nature, cultural criticism

Desde las cartas de Colón, la representación del territorio americano ha adquirido relevancia tanto desde el punto de vista referencial y geográfico como desde la perspectiva ideológica. La América que Colón registra e inventa en sus textos fundacionales será el espacio desde el cual se erigirán propuestas coloniales de apropiación y reconfiguración en las esferas cultural, política, religiosa, social y, más importante aún, epistemológica. La América poetizada en las “Silvas” de Andrés Bello, dando un salto histórico de varios siglos, será naturaleza que requiere manipulación, territorio que es promesa para un futuro mejor como resultado de la organización y transformación productiva de dicho espacio. La escritura, en ambos textos, adquiere importancia no solamente por el carácter fundacional, sino también por la orientación ideológica del gesto escriturario: escribir es hacerse dueño de algo, es registrar, pero también es establecer un orden y una dirección. Deleuze caracteriza el fenómeno

mismo de la escritura como un proceso que registra una cartografía, y habla de la idea de territorio como una superficie en la cual se inscriben procesos de producción y fuerzas de trabajo (146).

El siglo XIX venezolano (y se puede extender esta afirmación al continente americano en general), atravesado por la formación de las literaturas nacionales y su articulación a los procesos de formación y consolidación de las naciones, aparece cargado de una fuerte inclinación nativista que debe ser conectada con la necesidad de los letrados de conocer, registrar y, consecuentemente, civilizar. Crear una nación implicó, más allá de los concretos logros militares, de la creación de sistemas políticos, económicos y legales, inaugurar un imaginario con una visión concreta del tiempo, del espacio y de los procesos mediante los cuales esos espacios (tanto geográficos como simbólicos o culturales) pueden ser dominados e incorporados a proyectos nacionales asociados a ideas de progreso y modernización. De allí la insistencia de los llamados textos fundacionales en el sabor local, en los elementos nativistas y en la tradición misma conectada con un territorio y una lengua determinada. La orientación nativista y costumbrista de los escritores venezolanos de este periodo implicó, de esta manera, la representación literaria de un espacio y de unos tipos autóctonos, la creación de imágenes pintorescas que habían de constituir el acervo de lo nacional¹. Estas imágenes crearon no solamente un deseo de definir y defender prácticamente el territorio nacional, sino que además crearon simbólicamente el espacio de la nación. Unida a esta representación del territorio, la literatura nacional decimonónica va a construir un discurso “demoníaco, que representa las fuerzas ‘barbarie’, ‘instintos’, ‘superstición’, ‘caudillismo’, ‘clericalismo’, etcétera, que se oponen a la utopía y al ‘Adán liberal’” (Beverley, 100 y 101)². En este sentido, muchas novelas nacionales en Venezuela van a representar los conflictos asociados a la implementación del modelo liberal en un país dominado por fuerzas que lo aferran a sistemas atrasados y más apegados al pasado colonial que se pretende borrar.

¹ En Europa, un continente con una larga historia cultural, el proceso de formación de identidades nacionales es impulsado, no solamente por el elemento geográfico, sino además –y muchas veces principalmente– por las “historias nacionales”. De esta manera, por ejemplo, palacios y catedrales son el equivalente de las montañas y cascadas en el continente americano. Muchos estudios resaltan la importancia de la naturaleza “salvaje” en la formación de la identidad de los norteamericanos: “As a visual and mythic force, the Wild West is America’s archetypal icon” (Lowenthal, 18). Para mayor información sobre este aspecto, revisar con detenimiento el artículo de Lowenthal.

² Hernán Vidal, por su parte (y a quien John Beverley se refiere al hablar de los mitos adánicos, utópicos y demoníacos creados por el discurso del liberalismo en América), sostiene que el liberalismo decimonónico se definió como un gran mercado nacional adonde las naciones asistían con el propósito de intercambiar libremente las mercancías que producían con mayor eficiencia y cantidad y a menor precio por aquellos productos que necesitaban. En este contexto, Latinoamérica entra en dicho mercado cumpliendo un papel similar (ahora reforzado) al que ya había cumplido durante la época de la Colonia: proveer de materias primas a las naciones industrializadas de Europa, en especial a Inglaterra (*Literatura hispanoamericana*, 4).

La novela nacional: la naturaleza en el imaginario nacionalista venezolano

El estudio del nacionalismo como ideología ha deconstruido las relaciones existentes entre los procesos de formación nacional y el papel que la representación del territorio de la nación tiene dentro de dicho proceso. La nación-Estado tiene como finalidad principal construir una comunidad nacional en un territorio particular. Por lo tanto, es necesario lograr una identificación entre un territorio dado, una población determinada y un proyecto común, aun cuando esta población haya pertenecido originalmente a diferentes comunidades nacionales. Hay una gran variedad de trabajos de tipo conceptual o empírico sobre el tema de la formación de las identidades nacionales. Eric Hobsbawm habla de “la invención de una tradición”; Citron expone la importancia de la producción de un “mito nacional”; Balibar utiliza el término “etnicidad ficcional”, y Anderson, para nombrar a uno más, define la nación como una “comunidad imaginada”. Todos estos trabajos tienen como común denominador el uso de diferentes perspectivas históricas para analizar los diferentes discursos, instituciones y prácticas culturales asociadas al proceso de formación de la nación-Estado moderno. No obstante, todos ellos se detienen poco o nada en una perspectiva fundamental: la perspectiva geográfica.

Si la nación surge cuando se da esta identificación entre territorio, pueblo y proyectos comunes, entonces la perspectiva geográfica es fundamental en tanto provee las bases territoriales conforme a las cuales se sustenta el imaginario de nación. Así,

[...] it was by means of a process of subjective representation, recognition, and cartographic design, however, that the invention of the contents of a “natural” state territory took place and that a legitimate discourse about national sovereignty was developed” [Fue por medio de un proceso de representación subjetiva, de reconocimiento y de diseño cartográfico, sin embargo, que la invención de los contenidos del territorio “natural” de un Estado se llevó a cabo y que pudo desarrollar un discurso legítimo sobre la soberanía nacional] (Escobar, Quintero y Reboratti, 23)³.

Lo que resalta de lo anteriormente expuesto es la importancia del componente geográfico dentro de la ideología de la nacionalidad. La representación del territorio

³ No es casual, entonces, que tradicionalmente la geografía política, como área de estudio, haya estado centrada exclusivamente en el estudio del territorio de una nación-Estado en particular. Un gran número de estudios apuntan que esta tradición se originó durante la parte final del siglo XIX con el trabajo de F. Ratzel, quien es considerado el padre de la geografía política. Más recientemente, la geografía política ha diversificado su atención y, por consiguiente, se han comenzado a concebir mapas políticos, ya no centrados en la nación-Estado como entidad política, sino en un gran conjunto de espacios políticos menores, tales como tribus, grupos étnicos y políticos en determinadas regiones, etcétera (García Ramón y Nogué-Font, 12).

nacional cobra valor en tanto define y legitima el carácter nacional de una nacionalidad determinada. Este proceso, que es parte del objetivo mayor de crear una tradición patriótica organizada, sistemática y simbólica, persigue “to ‘naturalize’ the territorial representation, using a mythological personification of the natural and potential characteristics of the Fatherland” [‘naturalizar’ la representación territorial haciendo uso de la personificación mitológica de las características naturales y potenciales de la Madre patria] (Escobar, Quintero y Reboratti, 348)⁴. Es importante recalcar que durante el siglo XIX, dada la necesidad de concretar lo que define y limita a las nuevas naciones recién formadas en el mundo occidental, se observa un proceso de formalización y fortificación de las fronteras entre países con el consecuente incremento de procedimientos burocráticos, tales como asignación y revisión de pasaportes y visas, creación de aduanas, promulgación de leyes y regulaciones, etcétera. Dentro de este marco temporal y cultural (en especial después de 1870), y coincidentemente, se observa en Europa y luego en América la creación y desarrollo de departamentos de Geografía en las nuevas (o modernizadas) universidades de estos continentes. De esta manera, “it was not surprising, therefore, that the new geographers felt the desire, or duty, to help define and give flesh to the emerging national identity of their country and its place in the world” [No sorprende en consecuencia que los nuevos geógrafos hayan sentido el deseo o la responsabilidad de ayudar a definir y dar vida a la emergente identidad nacional a sus países y al lugar que ocupan en el mundo] (Hooson, 6)⁵.

En definitiva, es claro que de manera explícita o implícita los espacios naturales –ríos, montañas, llanuras, bosques– dejan de ser lugares meramente familiares para las personas que habitan en ellos y devienen en espacios ideologizados, al convertirse en sitios de nacimiento, de batallas, de sepulcro, en espacios “santos”, o asociados a héroes locales, en símbolos ensalzados a través de cantos populares o de himnos nacionales. De allí que el imaginario colectivo de nación siempre incluya representaciones de una nación dada, en términos de paisajes naturales vistos como íconos culturales nacionales (Lowenthal, 17).

⁴ Conviene resaltar la importancia de las visitas y exploraciones de investigadores científicos (como Alexander von Humbolt, por ejemplo) en el siglo XVIII. Las obras de estos exploradores, no solamente contribuyeron a la formación de una conciencia criolla nacional (frente a la visión del mundo local que la caracterizaba anteriormente), sino que también van a iniciar un transformación de mucha importancia en el proceso de configuración y consolidación de las naciones. En efecto: “Tales viajes despertaron en las ciudades la curiosidad por los paisajes del interior, por las ruinas de los monumentos indígenas y por las costumbres pintorescas de las aldeas [...] al establecer la conexión imaginaria entre el recinto amurallado de la ciudad y el escenario indígena del interior, estos criollos comenzaron a construir lo Nacional” (Benítez-Rojo, 187 y 188).

⁵ El texto editado por David Hooson, *Geography and National Identity*, explora el papel de la geografía –como ciencia de estudio– en el proceso de formación de identidades nacionales. Los ensayos en esta colección muestran las relaciones entre fenómenos, como el nacionalismo y la formación de identidades nacionales y la perspectiva geográfica.

La inclinación nativista y costumbrista, que claramente se observa en la literatura nacional, debe insertarse en la creación de un imaginario que conecta territorio con propiedad y propiedad con productividad. Pero, antes que nada, inscribir la naturaleza, el espacio y el territorio local en una narrativa –hacerla texto– implica un giro ideológico que demarca y organiza una geografía en función de un uso racional. No es casual, entonces, que la mayoría de las novelas del corpus de la novela nacional venezolana tengan cierta inclinación nativista y costumbrista, en especial dos de ellas: *Peonía* de Vicente Romerogarcía⁶ y *Zárate* de Eduardo Blanco.

Peonía, una de las novelas del siglo XIX venezolano con mayor número de ediciones (7), es una novela de exaltación del paisaje que “expresa la vivencia de la Venezuela rural del siglo XIX” (Delprat, 327). La novela básicamente narra el viaje de Carlos –personaje central– al interior del país para intentar resolver una disputa entre dos tíos dueños de dos haciendas limitantes entre sí, pero organizadas y reguladas de muy distintas maneras. La primera de ellas tiene por nombre *Peonía*, y su dueño, el tío Pedro, es un hombre atrasado, apegado a los tradicionales modos de producción y que, en consecuencia, ha colocado su patrimonio en el espacio del atraso y la decadencia (está económicamente al borde de la quiebra). Del otro lado, está la hacienda La Fundación del tío Nicolás, la cual goza de las mismas condiciones naturales pero dada las facultades reguladoras y modernizadoras de su dueño (el buen terrateniente) goza de un bienestar y un desarrollo profusos.

Interesa comentar cómo la novela se detiene en las descripciones de los paisajes de la región del Tuy (uno de los ríos más importantes de la región central del país), en la caracterización de sus pueblos, en la evocación del cultivo de la caña de azúcar, en la presentación de costumbres regionales (como la cacería y la fiesta popular) y en la representación del habla popular. Así, por ejemplo, describe la cordillera en su viaje de la capital al interior del país:

El viaje por la cordillera es rico en panoramas [...] A los bordes de las quebradas, en los vegotes, los cacaguales, con su sombra de bucares; en las laderas, el cafetal, bajo guamos de verde negro; más arriba los conucos, cercados de ñaragatos y pata de vaca, copiando los caprichos de un suelo de mosaico o los cuadrados regulares de un tablero de ajedrez. (107)

Más adelante, presentará un cuadro pintoresco de la labor de los campesinos en una hacienda de los valles del Tuy:

⁶ Domingo Miliari, en *Triptico venezolano*, destaca que una biografía de este escritor tendría que “border lo fantástico y lo absurdo” (48). Apunta que fue escritor y general, que se batió en duelo con otro intelectual, que mandó a fusilar a algunos de sus propios oficiales y que, igualmente, padeció de exilios y persecuciones.

Ya comenzaban los peones a venir por los instrumentos de labranza. / Uno sacaba los bueyes del corral y con pereza ingénita comenzaba a enyugarlos para el arado, silbando un golpe. / Otro uncía dos bueyes pintados a la zorra, cantando una copla picante. / Aquél enjalmaba un burro. / Al pié del guayabo que está en el desborde de la regadera, estaban seis u ocho amolando los machetes, otros las escardillas. / Y en el campo, en un océano de esmeralda, matizado de penachos grises, los cortadores segando las cañas para la molienda del día. / Dejé vagar los ojos por las vegas, hasta que se perdía la vista en las cañas amargas y en las guaduas que sirven de dique a las crecientes del Tuy, ancho, profundo y majestuoso, aun así prisionero entre juncos y bambúes. (133-34)

Toda esta sección, mucho más larga de lo aquí reseñado, celebra la naturaleza de la región y las faenas que en ella se desarrollan. De hecho, este pasaje culmina con la transcripción de una copla que cantaba uno de los campesinos de la hacienda, aspecto éste que se repite constantemente en el texto. Se está, sin duda, ante un texto narrativo que exotiza un territorio local, pero que a la vez inicia un proceso que implica lo que Graciela Montaldo ha llamado un proceso de “hacerse un cuerpo orgánico demarcando su geografía y su funcionamiento para poner en marcha las instituciones” (105).

La “escritura de la tierra”, que esta novela inaugura, se inscribe en una dinámica dirigida a crear una autorrepresentación de los espacios concebidos como nacionales con el fin de fomentar un autorreconocimiento que lleve a su vez a una apropiación simbólica y pragmática de dicho territorio. Imaginar el territorio de la nación a través de su representación y colonizarlo se convierten en operaciones ideológicas equivalentes. Se nacionaliza lo hasta entonces percibido como regional en un gesto en el que el espacio natural deviene en territorio nacional, territorio incorporado desde la racionalidad civilizante de la escritura del letrado. Desde el punto de vista económico, estos textos hablan “de la necesidad de ‘tomar conocimiento’ de las distintas regiones y promover ‘colonias’ en ellas, así como de fomentar la apertura de nuevos canales de consumo” (Unzueta, 61).

El capítulo XLIX se constituye en parte central de la novela y está dedicado a la representación de una fiesta popular con sus cantos y bailes folclóricos. En este capítulo, Carlos, el joven letrado de la ciudad, toma la guitarra y comienza a cantar la “canción nacional”, que dice así:

Como las garzas de la ribera,
como las palmas de la sabana
como los lirios de la pradera,
como las auras de la mañana,
así eres tú.
Tienes de junco flexible talle,
el blando arrullo de dos palomas,
el tibio ambiente que llena el valle

cuando se posa sobre las lomas
la última luz [...] (213).

De manera relevante, el tío Pedro, quien ha escuchado su interpretación, se muestra admirado por los versos que le resultan familiares, ante lo cual el joven responde que la familiaridad de sus versos responde al hecho que ellos cantan la naturaleza nacional, naturaleza con la cual el tío tiene que ver diariamente. Más interesante aún será la respuesta que el narrador dará al cuestionamiento del tío sobre por qué los poetas (“nuestros” poetas, dice) no escriben versos semejantes a los que el joven ha cantado:

Porque no hemos constituido todavía la literatura nacional; nuestros escritores y poetas, sin criterio ni tendencia, se han dado a copiar modelos extranjeros, y han dejado una hojarasca sin sabor y sin color venezolanos; algo así como esas parásitas amarillentas que el viento de la montaña pone en los ramos de los búcares. (215)

El texto deviene en este punto, en su afán didáctico y moralizante, en documento crítico literario que enuncia con claridad su objetivo ideológico: fomentar el proceso de emancipación cultural intrínsecamente conectado con la constitución de las literaturas nacionales⁷.

Similarmente, en *Zárate*, de Eduardo Blanco, el narrador centra considerablemente su atención en la exaltación paisajística, en la enumeración de la flora y la fauna de la región (ahora los valles de Aragua, también en la región central) y la representación detallada de elementos de tipo costumbrista⁸. Se narra en la novela la historia de un viaje y una misión. En ella se encuentra por igual que en *Peonía*, a un héroe civilizador, Carlos Delamar, capitán del ejército de la nación, quien es enviado de Caracas con la finalidad de poner fin a las acciones de uno de los bandidos más temidos y

⁷ Mariano Picón Salas comenta, en *Literatura venezolana*, que algunos críticos literarios venezolanos juzgaron con severidad la novela de Romerogarcía. Estos veían como algo negativo una “clara tendencia al periodismo” y una imitación a *María* de Jorge Isaacs. Igualmente, critican el hecho de que junto con la descripción de paisajes se alternan reflexiones sobre la agricultura y en otras ocasiones aparecen largas “tiradas de prosa política”. No obstante, sostiene que “más allá de estos defectos, *Peonía* tiene un alto valor histórico: es la primera gran tentativa de ‘criollizar’ plenamente nuestra novela; de meter la lengua popular en una larga obra narrativa –ya sin el convencionalismo y el europeísmo que habían tenido las novelas de don Eduardo Blanco o don Julio Calcaño–, de exaltar una región de Venezuela –el llano– cuyo paisaje y vida emocional se hace entonces frecuente ‘leit-motiv’ de nuestra literatura novelesca” (144 y 145).

⁸ Según Picón Salas, la obra, que inicia una nueva orientación, será *Zárate*, pues inicia “la ruta que conduce a lo criollo”. En *Zárate* ya no viven italianos vengativos, con atuendos de terciopelo y fanáticos de la ópera, sino “hombres que parecen venezolanos” (*Literatura venezolana*, 120). Igualmente, Pedro Pablo Barnola hace un estudio crítico de *Zárate* dirigido a demostrar que es la primera novela nacional venezolana y no *Peonía*, como acuñan la mayoría de los críticos literarios venezolanos.

poderosos de la región: Santos Zárate. Y, como en el texto narrativo de Romerogarcía, en *Zárate* también hay, una vez más, un narrador interesado en describir con detalle y exaltación la naturaleza local. Son numerosas las partes del texto en las cuales se nombran, enumeran y describen elementos de la flora y fauna regional, configurando un retrato del paisaje nacional. Así, por ejemplo, el texto describe lo siguiente:

[...] comenzaron a descender [los soldados] las tortuosas quiebras de la montaña, a cuyo pie, como verde alfombra cubierta de transparente gasa, se extendían a lo lejos los fértiles y renombrados valles del Aragua. [...] Los tibios rayos del astro esplendoroso, después de colorear de rojo y oro las densas nieblas que encarnecían los picos de la sierra, inundaban de luz las montuosas regiones y [...] provocaban las fragantes emanaciones de la *pesgua*, del *niquibao* salvaje, de la jugosa *malagueta* [...] hacían resaltar de entre el bosque las anchas y cenicientas hojas de *yagrumo*, los anaranjados abanicos de la *rapa*, el oscuro follaje del *copey*, los corpulentos cedros, las flexibles palmeras, los tiernos y variados helechos [...]. (8, subrayado en el original)

La enumeración de los elementos de la naturaleza regional continúa por varios párrafos más. No obstante, lo presentado es suficiente para demostrar cómo se incorpora al acervo de lo nacional un conjunto de elementos que el texto registra y exalta y que, incluso, subraya. Nótese, asimismo, el uso de las itálicas para resaltar terminología local (algo similar sucede en *Peonía*, que contiene al final un glosario de términos “nacionales”). En este sentido, se está ante lo que Rama define como la función principal de estas literaturas nacionales:

La constitución de la literatura, como un discurso sobre la formación, composición y definición de la nación, habría de permitir la incorporación de múltiples materiales ajenos al circuito anterior de las bellas letras que emanaban de las élites cultas, pero implicaba asimismo una previa homogenización e higienización del campo, el cual sólo podía realizar la escritura. (91)

Rama apunta, asimismo, que estos textos del corpus de lo nacional absorben diferentes tipos de aportes rurales “insertándolos en su proyecto [los letrados] y articulándolos con otros con el fin de fortalecer la nacionalidad y establecer admirativamente sus valores” (91). En *Zárate*, se observa, incluso, este deseo enunciado de manera explícita por el protagonista de la novela. En efecto, Horacio Delamar, hombre de armas, destaca la importancia del arte para la gloria de la nación. En una conversación con su amigo artista, Lastenio de Sanfidel, el protagonista expresa:

Combate a tu manera; la cuestión es luchar. Ármate del pincel como de una espada toledana y de batallas en el lienzo, que no por ser pintadas carecerían de mérito [...] recoge en nuestra flora el hermoso botín que ella ofrece al artista

[...] reproduce nuestra naturaleza llena de fuego y colores; populariza nuestros héroes, idealiza nuestras batallas; copia nuestras costumbres. (16)

Delamar enarbola aquí el credo del ideario nacionalista que guió y reguló los objetivos de estos intelectuales letrados abocados a la tarea de configurar una identidad nacional, que sirviera de mecanismo de cohesión ante una realidad que, de diferentes maneras, invitaba a la dispersión y a la hibridez. Este ideario nacionalista es el que se constituye en génesis de las novelas de Eduardo Blanco (para incluir a *Venezuela Heroica* en el argumento).

Se concluye, entonces, que la exaltación y mitificación de los espacios naturales rurales (y de las dinámicas sociales de tipo costumbrista, que se llevan a cabo en dichos espacios) van a erigirse en espacio de originalidad y esencia de lo nacional en terrenos de la imaginación y de lo simbólico. En definitiva, en naciones donde todo estaba por ser construido, la representación y construcción del espacio de la patria va a constituirse en tarea fundamental y fundacional de los escritores de este periodo. Construir el imaginario territorial de este cuerpo de la patria consistirá, entonces, en un proceso que implica nombrar y registrar; pues la memoria colectiva carecía de una imagen totalizadora, de un mapa integral. Se trata, como bien apunta Castillo Zapata, de configurar una imagen del cuerpo de la patria (de escribir la patria), una imagen que afirme y defina la territorialidad nacional, una imagen integradora que convoque el reconocimiento colectivo (10). Todos estos textos cumplen una función que Graciela Montaldo define claramente: crean una cartografía proyectiva en la cual el territorio (visualizado como paisaje) no solamente queda fijado en la escritura, sino además cargado de sentidos “vinculados a la organización cultural, social, política y económica: la naturaleza y la cultura, la civilización y la barbarie, impresas sobre el cuerpo borroso, esquivo o inexistente de la patria” (“El cuerpo”, 4). La escritura de estas novelas inaugura, de esta manera, una cartografía, que localiza y organiza la acción política que a su vez dicta las pautas de un quehacer económico. Mas inaugura también un imaginario asociado al espacio de la “tierra”, del lugar de origen, de lo que define y diferencia, de lo nacional.

¿Qué hacer en este territorio? Desafíos en la implementación del modelo liberal

El discurso del liberalismo americano propuso la necesidad de incorporar a los países latinoamericanos al “mapa del progreso universal”, esto es, crear las bases adecuadas para la implementación de modelos económicos dictados desde el capitalismo vigente en los países europeos. Esto implicó la restricción de algunas opciones, tanto en el campo económico, como en el de las prácticas culturales. En el ámbito económico, por ejemplo, se incentivó el desarrollo de una burguesía exportadora/importadora y no se estimularon formas de propiedad y cultivo destinados al consumo y abastecimiento

internos. Gran parte de la literatura decimonónica continental va a erigirse a partir de la contraposición ideológica de pares, como naturaleza/cultura, atraso/progreso, América/Europa, civilización/barbarie. En este sentido, muchas novelas nacionales en Venezuela van a representar los conflictos asociados a la implementación del modelo liberal en un país dominado por fuerzas que lo aferran a sistemas atrasados y más apegados al pasado colonial que se pretende borrar.

La novela *¿Idilio?*, de José Gil Fortoul, ofrece la imagen de una sociedad en transición, una que parece mantener de manera contradictoria dos discursos necesariamente opuestos dentro de la formación de la nación. Por un lado, una discursividad conectada con prácticas culturales que se asocian con lo tradicional, con una visión del mundo vinculada a la preservación de ciertas tradiciones y costumbres. Este tipo de discursos presentan una inclinación básicamente de tipo ritual, lo cual crea un sistema que imposibilita variaciones dentro de las relaciones sociales, y a la vez implica una subordinación de la conciencia individual a la autoridad de la costumbre (Quesada Soto, 122). Junto a este tipo de discurso, se encuentra otro que emerge como una respuesta de tipo crítico al anterior. Surge asociado a los ideologemas progreso y modernización, los cuales recorren la textualidad del siglo XIX conforme a evaluaciones tanto positivas como negativas. En este sentido, este discurso modernizante puede aparecer, desde el punto de vista ideológico, conectado con el desarrollo cultural o económico de la nación, o identificado (sobre todo desde el espacio de lo político, lo social o lo moral) como un signo de descomposición, de “contaminación” de la homogeneidad deseada y, en definitiva, como un atentado a la identidad nacional.

No obstante lo arriba apuntado, en una buena parte de los textos que se encuentran en la literatura latinoamericana del siglo XIX, estos dos puntos de vista opuestos muchas veces no aparecen en los textos como excluyentes, sino como discursos que coexisten de manera ambivalente y, muchas veces, contradictoria. La novela *¿Idilio?* representa el grupo de textos que muestran la clara oposición de ambos puntos de vista. En ella, la discusión simbólica en torno al futuro de la nación venezolana aparece representada en la figura de los dos personajes tipo destacados en la novela: el cura y el maestro de escuela. Gran parte de la anécdota gira en torno a la problemática filosófica que rodea al niño protagonista de la historia, Enrique Aracil, quien se debate entre creerle a uno de estos dos personajes. ¿Cuál es el centro de semejante duda? El maestro le ha enseñado que los planetas giran alrededor del sol, y el cura, en su prédica dominical, ha predicado que un santo detuvo el sol en la mitad del cielo. El saber laico y científico se enfrenta en la mente de este chiquillo obsesionado por la búsqueda de la verdad y por el conocimiento que le proporcionan los libros profanos y el saber religioso basado en la fe:

Dudaba un momento de don José; pero era el maestro, y debía saber lo que decía.
Dudaba luego del padre Roque; pero idéntica reacción se verificaba en su espíritu.
El padre Roque decía la misa, confesaba, enseñaba la religión. ¡Equivocarse el

padre! Se condenaba quien tal pensase [...] Si el mismo Don José, con saber tanto y ser el único maestro del pueblo, iba a oírle todos los domingos.
¿A cuál de los dos creer? (99)

Cuando el chico confronta al sacerdote, el párroco del pueblo, desesperado por encontrar una argumentación convincente termina diciendo que “el mundo fue creado por Dios, como lo enseña el Génesis: los astros se mueven en el espacio obedeciendo a la voluntad de la Omnipotencia, y Dios puede hacer de su obra cuanto le place” (105). La respuesta del religioso recurre a la autoridad de un libro sagrado, La Biblia, y a la omnipotencia de la fe sobre la cual se basa toda la creencia cristiana. No obstante, Enrique recurre a la autoridad de los libros laicos para desautorizar el conocimiento no racional de las escrituras sagradas. Para él, con la ayuda de los libros, fuente laica del conocimiento racional y científico, todo quedaba clarificado:

La explicación del Padre Roque se desmoronaba. El maestro y el sacerdote convenían en que el sol estaba fijo y la tierra giraba a su alrededor. Los libros del sacerdote enseñaban que el sol se había detenido en el cielo. El absurdo era monstruoso [...] Si aquellos libros estaban llenos del espíritu de Dios, no debían mentir. (109)

Más aún, obsesionado por encontrar la verdad, el chiquillo descubre que la contradicción entre los dos textos es irreconciliable, que “no había armonización posible. La creencia del sacerdote era falsa” (110). Semejante proceso de impugnación del saber religioso registra en el texto la clara inclinación positivista del autor.

Esta inclinación positivista del autor guiará los contenidos ideológicos de esta novela. De allí que, en el proceso de comparación de la autoridad que emana de los libros consultados por el protagonista de *¿Idilio?*, triunfe la autoridad basada en el conocimiento racional y científico del mundo, conocimiento que persigue no solamente comprender y estructurar los elementos de la realidad, sino además propiciar por medio de dicho conocimiento un mejoramiento de las relaciones entre dichos elementos. En otras palabras, el progreso de una sociedad y de una nación sólo puede darse una vez, es posible educar a sus agentes, los integrantes de la deseada sociedad civil, conforme a principios racionales y científicos. Como consecuencia inmediata de esta aseveración, lo contrario también es válido: el atraso de un pueblo está íntimamente relacionado con una manera de pensar y de concebir el conocimiento desde una perspectiva religiosa. Según esta perspectiva, mito y superstición sustituyen a la historia y al análisis objetivo y científico de los hechos.

No es casual, de esta manera, que esta novela oponga al estudioso Enrique la figura del Rompelibros, otro chiquillo, un tanto violento, de quien el narrador sostiene que nunca saldrá de Baroa (pequeño pueblo andino –ficticio– donde se desarrolla la historia). Este personaje, apunta el narrador, “responde al apodo de Rompelibros, por-

Obras citadas

- Barnola, Pedro Pablo. *Eduardo Blanco, creador de la novela venezolana*. Caracas: Tipografía Vargas, 1963.
- Benítez-Rojo, Antonio. "Nacionalismo y nacionalización en la novela hispanoamericana del siglo XIX". *Revista de Crítica Literaria Latinoamericana*. 19.38 (1993): 185-93.
- Beverley, John. *Del Lazarillo al sandinismo. Estudios sobre la función ideológica de la literatura española e hispanoamericana*. Minneapolis: The Prisma Institute, 1987.
- Blanco, Eduardo. *Zárate*. (1882). Caracas: Panapo, 1987.
- Castillo Zapata, Rafael. *Un viaje ilustrado*. Caracas: Fundación Centro de Estudios Latinoamericanos Rómulo Gallegos, 1998.
- Deleuze, Gilles y Felix Guattari. *El anti Edipo. Capitalismo y esquizofrenia*. Barcelona, Seix-Barral, 1984
- Delprat, François. "Dos calas en la novela: M. V. Romero García y A. Uslar Pietri". En: Paul Verdevoye. *Identidad y literatura en los países hispanoamericanos*. Buenos Aires: Solar, 1984.
- Escobar, Marcelo, Silvina Quintero y Carlos Reboratti. "Geographical Identity and Patriotic Representation in Argentina". En: David Hooson (ed.), *Geography and National Identity*. Oxford: Blackwell Publishers, 1994: 346-66.
- García-Ramón, María y Joan Nogué-Font. "Nationalism and Geography in Catalonia". En: David Hooson (ed.), *Geography and National Identity*. Oxford: Blackwell Publishers, 1994: 197-211.
- Gil Fortoul, José. *Obras completas. Vol. VI. Tres novelas*. Caracas: Ministerio de Educación, 1956.
- Hooson, David. "Introduction". En: David Hooson (ed.), *Geography and National Identity*. Oxford: Blackwell Publishers, 1994: 1-11.
- Lowenthal, David. "European and English Landscapes as National Symbols". En: David Hooson (ed.), *Geography and National Identity*. Oxford: Blackwell Publishers, 1994: 15-38.
- Miliani, Domingo. *Tríptico venezolano*. Caracas: Fundación de Promoción Cultural de Venezuela, 1985.
- Montaldo, Graciela. "El cuerpo de la patria: espacio, naturaleza y cultura en Bello y Sarmiento". *Hispanérica*. 23.68 (1994): 2-20.
- _____. *De pronto, el campo. Literatura argentina y tradición rural*. Rosario, Argentina: Beatriz Viterbo Editora, 1993.
- Picón Salas, Mariano. *Literatura venezolana (1940)*. México: Diana, 1952.
- Quesada Soto, Álvaro. "Nación y enajenación: génesis de la literatura nacional costarricense". *La Palabra y el Hombre. Revista de la Universidad Veracruzana* 89 (enero-marzo 1994): 115-27.
- Rama, Ángel. *La ciudad letrada*. Hanover, N. H.: Ediciones del Norte, 1984.
- Romero García, Manuel Vicente. *Peonia*. 1890. Caracas: Monte Ávila, 1986.
- Unzueta, Fernando. "Periódicos y formación nacional: Bolivia en sus primeros años". *Latin American Research Review* 35.2 (2000): 35-72.
- Vidal, Hernán. *Literatura hispanoamericana e ideología liberal: surgimiento y crisis. (Una problemática sobre la dependencia en torno a la narrativa del boom)*. Buenos Aires: Ediciones Hispanérica, 1976.